

misma gloria tambien habemos de desear de esa manera. De suerte, que cuando pusiéremos delante á nuestra alma el premio que le han de dar por lo bueno que hicierre, para animarla á bien obrar, no sea ese el último fin y paradero, sino querer servir y glorificar mas á Dios, porque mientras mas gloria tuviéremos, mas podremos honrar y glorificar al Señor.

Este es verdadero amor de caridad, y verdadero y perfecto amor de Dios, y esto es buscar puramente á Dios y su mayor gloria; que lo demás es buscarnos y amarnos á nosotros mismos. Y verase esto bien, porque esta es la diferencia que ponen los teólogos y los filósofos morales entre el amor perfecto, que llaman amor de amistad, y el amor de concupiscencia; que aquel ama al amigo por el bien del amigo y por el bien de la virtud, sin tener respecto á su propio interes y provecho. Empero el amor de concupiscencia es cuando yo amo á otro, no tanto por él, cuanto por el interés y provecho que pienso me vendrá de él: como el que sirve al rico y al poderoso, porque espera que le favorecerá; y este, bien se ve que no es perfecto amor sino que está muy lleno de amor propio, porque eso no es tanto amar al amigo cuanto amarnos á vos y vuestras comodidades é intereses; como decimos que amais el pan y el vino con amor de concupiscencia, porque no lo amais por sí, sino por vos y para vos, eso es amarnos á vos. Pues de esta manera aman y sirven á Dios los que le sirven por el temor del castigo ó por la esperanza del premio que les ha de dar. Esto está muy mezclado con amor propio. No buscáis pura y desinteresadamente á Dios en esto. Y asi nos lo dió á entender Cristo nuestro Redentor por San Juan. Habiendo hecho aquel famoso milagro de hartar á cinco mil hombres, sin mugeres y niños, con cinco panes y dos pe-

ces, dice el Sagrado Evangelio que le seguia mucha gente por aquello, á los cuales dijo: "De verdad, de verdad os digo que me buscáis y os venís tras de mí, no porque me tengais por Dios, por haber visto las señales y milagros que he hecho, sino porque habeis comido y os habeis hartado de los panes (1):" por vuestro interes me buscáis. "Buscad, no el manjar perecedero, sino manjar que permanezca para siempre (2);" que es Cristo, y hacer puramente la voluntad de Dios. ¡Oh! qué bien respondió aquel siervo de Dios de quien cuenta Gerson que hacia grande penitencia y tenia mucha oración; y el demonio teniendo envidia de tantas buenas obras, para apartarle de ellas, acometióle con una tentacion de la predestinacion; «¿para qué te cansas y fatigas tanto, que no te has de salvar, no has de ir á la gloria?» Respondió él: «yo no sirvo á Dios por la gloria, sino por ser quien es;» y quedó con esto el demonio muy confuso.

El glorioso San Bernardo (3) pasa mas adelante en esto; quiere que estemos tan olvidados y tan ajenos de nuestro interes en las obras que hacemos, que aun no se contenta con el amor y servir de los hijos, sino que nos adelantemos y subamos mas. «Bueno es el amor de los hijos; empero todavia tienen ojo á la hacienda y herencia y piensan en ella. Y algunas veces, porque no se la quiten, ó porque los mejoren,

(1) Amen, amen, dico vobis quaeritis me non quia vidistis signa, sed quia manducastis ex panibus, et saturati estis. Joann. VI, 26.

(2) Operamini non cibum qui perit, sed qui permanet in vitam aeternam. Joann. VI, 27.

(3) Amant enim filii, sed de haereditate cogitant; quamdiu verentur, quoquomodo amittere ipsum, a quo expectatur haereditas, plus reverentur, minus amant. Suspectus est mihi amor, cui aliud quid adipiscendi spes suffragari videtur; infirmus est, qui forte spe subtracta, aut extinguitur, aut minuitur; impurus est, qui et aliud cupit. Purus amor, mercenarius non est, purus amor de spe vires non sumit, nec tamen diffidentiae damna sentit. Bernard. Serm. 83 sup. Cantic.

honran y sirven á sus padres. Por sospecho so tengo el amor que se sustenta con la esperanza de alcanzar otra cosa del amado, y quitada esa se pierde ó se disminuye. No es puro, ni perfecto ese amor. El verdadero y perfecto amor no es mercenario. El amor puro no cobra fuerzas con la esperanza, ni siente los daños de la desconfianza. Quiere decir, que no tiene necesidad de esforzarse á servir á Dios y trabajar por lo que espera que le han de dar, ni desmayaria, ni dejaria de trabajar aunque supiese que nada le habian de dar, porque no se mueve á eso por interes sino por puro amor. Pues ¿cuál será ese amor tan alto y tan perfecto que esceda y sobrepuje al amor de los hijos? ¿Sabes cuál? dice el Santo (1): «El amor que tiene la Esposa al Esposo, porque el verdadero y perfecto amor consigo solo se contenta. Premio tiene; pero su premio es lo que ama: amar al amado, ese es su premio.» Pues tal es el amor de la Esposa que no busca ni pretende otra cosa sino amar, y el esposo, sino ser amado: «Ese es todo su negocio (2).» Pues de esa manera, dice San Bernardo, habemos de amar nosotros á Dios, que es Esposo de nuestras ánimas. Que paremos en ese amor, por ser él quien es, y que ese sea todo nuestro contento y regocijo: «Con este amor queda contento y satisfecho el que ama. Eso le basta; no ha menester mas; ese es su merecimiento, ese es su premio; fuera de eso no tiene qué buscar; la causa de amar es amar, el fruto de amar es amar, el fin de amar es amar. Amo porque amo, amo para amar (3).»

(1) Sponsae hic amor est. Verus amor se ipso contentus est. Habet praemium, sed id quod amatur. Bernard. de diligendo Deo c. 3.

(2) Nec is aliud quaerit, nec illa aliud habet. Bernard. serm. 83 super Cant.

(3) Is per se sufficit, is per se placet, et propter se ipse meritum, ipse praemium sibi est amor. Praeter se non requirit causam, non fructum; fructus eius, ipse est; amor, quia amo; amo, ut amem.

Pero añade muy bien aqui San Crisóstomo (1): no penseis que, por no tener ojo al premio é interes, será menor vuestro interes ó vuestro premio y galardón; antes por eso será mayor. Cuanto menos pretendéis ganar, tanto mas ganais; porque cierto es, que cuanto la obra fuere mas desnuda de todo interes, tanto será mas pura y mas perfecta, porque no habrá en ella mezcla de cosa propia y será mas meritoria: «Mientras mas desviáredes los ojos de todo género de interes, y mas puramente pretendiéredes agrandar á Dios, dice San Crisóstomo (2), tanto será mayor vuestro galardón.» Cuanto mas lejos estuviéredes del espíritu de jornalero, tanto será mayor vuestro jornal, porque no os pagará como á siervo mercenario, sino como á hijo heredero de los tesoros de su Padre. «Seremos hijos herederos de Dios, y hermanos herederos juntamente con Cristo (3);» que entraremos con él en partija, heredando y gozando los bienes de nuestro Padre que está en los cielos. A la madre de Moisés, premio y galardón le daba la hija del rey Faraon porque criase á su mismo hijo; pero ella no lo hacia por el premio y salario que le daban sino por el amor que le tenia (4).

CAPITULO XIV.

De tres grados de perfeccion, por los cuales podemos ir subiendo á gran pureza de intencion y á grande y perfecto amor de Dios.

De la doctrina de los Santos, y especialmente del glorioso Bernardo, podemos coleccionar tres grados de perfeccion, por los cuales puede uno subir á gran pureza de in-

(1) Chrisost. hom. 3 super Epist. ad Rom. circa finem.

(2) At quae tibi major merces est, si modo citra mercedis spem feceris. Ib.

(3) Si autem filii, et haeredes; haeredes quidem Dei, cohaeredes autem Christi. Ad Rom. VIII, 17.

(4) Exod. II, 9.

tencion y aun grande y perfectísimo amor de Dios. El primero es, cuando uno solamente pretende y busca la gloria de Dios, de manera, que en las cosas que hace, todo su contento es en Dios y en que está allí cumpliendo y haciendo la voluntad de Dios, olvidado de todas las cosas del mundo. Dice San Bernardo (1): ¿quereis una buena señal para conocer si amais mucho á Dios y si vais creciendo en este amor de la manera que acá se puede conocer? Mirad si hay alguna cosa fuera de Dios que os pueda consolar y dar contento, y por ahí entenderéis lo que habeis aprovechado y ercido en el amor de Dios. «Mientras hay alguna cosa criada que me dé consuelo y contento, verdaderamente no me atrevo á decir que el amor de Dios es muy ardiente y fervoroso. «Y esto es tambien lo que dice San Agustin: «Menos os ama, Señor, aquel que ama juntamente otra cosa, la cual no ama por vos (2).» No será ese amor muy singular ni muy escelente, cual era el de aquella santa reina, que en medio de sus pompas y fausto Real, decia: «Señor, bien sabeis vos que no me ha dado contento, ni la Corona ni la Magestad y aparato Real, ni los banquetes del rey Asuero, ni en otra cosa alguna he tenido consuelo hasta el dia de hoy, sino en vos, Señor, Dios de Abraham (3).» Ese es perfecto y singular amor.

San Gregorio, sobre aquello de Job (4): «Con los reyes y cónsules de la tierra, que edifican para sí soledades»; dice (5) que es

(1) Certe quamdiu possum ex aliena qualicumque re consolationem, vel jucunditatem concipere, nondum audeo dicere dilectum nostrum intimum ardentissimi amoris sinum tenere. Bernard. tract. de int. domo. c. 69.

(2) Minus te amat, qui tecum aliquid amat, quod non propter te amat. Aug. l. 10 conf. c. 29.

(3) Domine tu scis, quod nunquam laetata sit ancilla tua, ex quo huc translata sum, usque in praesentem diem, nisi in te Domine Deus Abraham. Esther. XIV, 18.

(4) Qui aedificant sibi solitudines. Job. III, 14.

(5) D. Greg. l. 4 Mor. c. 28.

to es edificar soledad; el que está tan desasido y despegado de todas las criaturas, y ha perdido de tal manera el amor y aficion á todas las cosas de la tierra, que aunque se halle en medio de cuantas recreaciones y entretenimientos hay en el mundo, con todo eso se halla solo, porque no le da eso contento ni consuelo; ese ha edificado para sí soledad, porque tiene puesto su contenido en Dios, y asi no halla compañía ni consuelo en otra cosa alguna. Aun acá experimentamos esto, que cuando uno tiene un amigo en quien ha puesto toda su aficion, en faltándole aquel, aunque esté muy acompañado de otra gente, siente soledad y se halla muy solo sin él, porque aquel era de quien él gustaba. Pues de la misma manera el que tiene puesto todo su amor y contento en Dios, y ha echado de sí la aficion de todas las criaturas, aunque esté muy acompañado de gente, y aunque esté en medio de todas las recreaciones y entretenimientos del mundo, se halla solo, porque no gusta de eso, sino solamente de su amado. Los que han llegado á esto, dice San Gregorio (1), gozan de muy grande quietud y tranquilidad en su alma. No hay cosa que les inquiete ni dé pena. Ni las cosas adversas les turban, ni las prósperas les desvanecen, ni engrien, ni causan en ellos vano contentamiento ni alegría. Porque como no amaa ni tienen aficion á cosa alguna del mundo, no se inquietan ni mudan con la variedad y suceso de ellas, ni dependen de eso, porque no lo tienen en nada. ¿Sabeis, dice San Gregorio, quién habia llegado á esto y edificado para sí esta soledad? aquel que decia: «Una cosa pedí al Señor, esa buscaré, y procuraré morar para siempre en la casa del Señor (2).» Porque «no

(1) Gregor. ubi supra.

(2) Unam petii a Domino, hanc requiram, ut inhabitem in domo Domini omnibus diebus vitae meae. Ps. XXVI, 4.

hay otra cosa que buscar ni que desear ni en el cielo ni en la tierra, sino á vos, Señor (1).» A esto tambien habia llegado aquel santo abad Silvano, del cual leemos que cuando salia de la oracion, le parecian tan bajas y apocadas todas las cosas de la tierra, que levantaba las manos y tapaba sus ojos por no las ver, y hablando consigo mismo decia: «cerraos, ojos míos, cerraos y no mireis cosas del mundo, porque no hay en él cosa digna de mirar.» Lo mismo leemos de nuestro bienaventurado P. San Ignacio, cuando levantaba el corazon á Dios y miraba al cielo, decia: «¡Ay! ¡cuán viles y bajas me parecen todas las cosas de la tierra cuando miro al cielo (2)!»

El segundo grado puede ser el que pone el glorioso San Bernardo en el tratado del amor de Dios (3): cuando uno, no solamente está olvidado de todas las cosas exteriores, sino tambien de sí mismo, no amándose á sí sino en Dios y por Dios y para Dios. Hemos de estar tan olvidados de nosotros y de todo nuestro provecho é interés, y amar tan pura y perfectamente á Dios que en los bienes que de su mano recibiéremos, asi de gracia como de gloria, todo nuestro contento y regocijo sea, no por nuestro bien y provecho, sino porque en aquello se cumple la voluntad y contento de Dios, como lo hacen los bienaventurados en el cielo, donde mas se alegran en el cumplimiento de la voluntad de Dios que en la grandeza de su gloria. Aman tanto y tan puramente á Dios, y están tan transformados en él y tan unidos con su voluntad, que la gloria que tienen y la buena suerte que les cupo, no la quieren tanto por el bien y provecho que á ellos les vie-

(1) Et nunc quae est expectatio mea, nonne Dominus? Ps. XXXVIII, 8.

(2) Heu quam sordet terra, cum coelum aspicio. Ignat. lib. I, c. 2, vitae suae.

(3) Bernard. tract. de diligendo Deo, cap. 6 et 7.

ne, ni por el contento que reciben como porque huelga Dios de ello y es aquella su voluntad. De esta manera habemos de amar nosotros á Dios, dice San Bernardo, como hacia aquel que decia: «Alabad al Señor, porque es bueno (1).» No dice: «porque es bueno para mí;» sino «porque es bueno.» No ama ni alaba á Dios porque es bueno para él, como el otro de quien dice: «Alabaros há cuando le hiciéredes bien (2);» sino ama y alaba á Dios, porque es bueno en sí mismo, por ser Dios quien es, por su infinita bondad.

El tercero y último grado de perfeccion y amor de Dios, dice San Bernardo (3), es cuando uno está tan olvidado de sí, que ya, en lo que hace, no mira si se agrada Dios de mí, sino en agradar y contentar yo á Dios, y en que se agrade y contente y huelgue Dios con aquella obra que hago. De manera que solamente tiene cuenta con el gusto y contento y beneplácito de Dios, sin acordarse ni hacer caso de sí, mas que si no fuese ni estuviese en el mundo. Este es purísimo y perfectísimo amor de Dios. «Este amor verdaderamente es monte (4), monte de Dios, alto, fértil, abundante,» cosa de grande y aventajada perfeccion; que eso quiere decir monte de Dios, una cosa muy escelente y grandiosa; empero ¿quién podrá subir á este monte tan alto (5)? «¿Quién me dará alas como de paloma para volar y descansar en él (6)?» ¡Ay de mí, dice el glorioso Santo, que en este destierro no me puedo olvidar del todo de mí! «¡Miserable de

(1) Confitemini Domino, quoniam bonus Ps. 117.

(2) Confitebitur tibi cum benefeceris ei. Ps. XLVIII, 19.

(3) Quando jam quis operatur non ut ipse Deo placeat, sed quia placet ei Deus, vel quia placeat Deo quod operatur. Bernard. de dil. Deo, c. 7.

(4) Amor iste mons est, et mons Dei excelsus, revera mons coagulatus, mons pinguis (Ps. LXVII, 16); Bernard. ib.

(5) Quis ascendet in montem Domini? Ps. XXIII, 3.

(6) Quis dabit mihi pennas sicut columbae, et volabo, et requiescam? Ps. LIV, 7.

mi, quien me librará de este cautiverio (1)!"  
 ¿Cuándo moriré, Señor, del todo á mí, y  
 viviré solamente á vos? ¿Cuándo se me al-  
 zará este destierro? ¿Cuándo estaré yo,  
 Señor, unido y transformado en vos por  
 amor? ¿del todo enagenado y olvidado de mí,  
 y hecho un espíritu con vos (2), y qué ya  
 no ame cosa en mí, ni para mí, ni á mí mis-  
 mo, sino todo en vos, y para vos? «Mas  
 (dice San Bernardo) olvidarte de tí, como si  
 no fueses, no sentir nada de tí mismo, y por  
 tí mismo apocarte y anonadarte, mas es de  
 la celestial conversacion que de la humana  
 inclinacion (3).» Esa perfeccion es cosa mas  
 del cielo que del suelo, y así decia el Pro-  
 feta: «Entraré en las potencias del Señor,  
 me acordaré, Señor, solo de vuestra santi-  
 dad (4).» Cuando el siervo bueno y fiel en-  
 trare en el gozo de su Señor y fuere em-  
 briagado de la abundancia de su amor,  
 entonces estaremos tan absortos y trans-  
 formados en Dios, que no nos acordaremos  
 de nosotros; «entonces seremos semejantes  
 á Dios (5),» y concordará la criatura con su  
 Criador. Porque así como la Escritura di-  
 ce (6) que Dios todas las cosas hizo por sí  
 mismo y por su gloria, así entonces ama-  
 remos puramente á Dios, y no nos amare-  
 mos á nosotros, ni á otra cosa alguna, sino  
 en Dios. Nos deleitará de verdad (7), no

(1) Infelix ego homo, quis me liberabit de corpore  
 mortis hujus? *Ad Rom.* VII, 14.—Domine vim patior,  
 responde pro me. *Isai.* XXXVIII, 14.

(2) Heu mihi, quia incolatus meus prolongatus  
 est. *Ps.* CXVI, 5.—Quando veniam et apparebo ante  
 faciem Dei? *Ps.* XLI, 3.

(3) Te enim quodammodo perdere tanquam qui  
 non sis, et omnino non sentire ipsum, et a temet-  
 ipso exinaniri, et pene annullari, coelestis est con-  
 versationis, non humanae affectionis. *Bernard. tract.*  
*de dilig. Deo.* c. 7.

(4) Introibo in potentias Domini: Domine, memo-  
 rabor justitiae tuae solius. *Ps.* LXX, 16.

(5) Cum apparuerit, similes ei erimus, quoniam  
 videbimus eum sicuti est. I. *Joann.* III, 2.

(6) *Prov.* XVI, 4.

(7) Delectabit sane, non tam nostra vel sopita  
 necessitas, vel sortita felicitas, quam quod ejus in  
 nobis, et de nobis voluntas adimpleta videbitur.  
*Bern. ib.*

tanto nuestra necesidad ya muerta, ó  
 nuestra felicidad, que en suerte nos ha ca-  
 bido, cuanto ver que se cumple en nosotros  
 y cerca de nosotros la voluntad divina. To-  
 do nuestro gozo será, no en nuestro gozo,  
 sino en el gozo y contento de Dios. Eso es  
 entrar en el gozo de Dios (1).

Esclama muy bien San Bernardo: «¡Oh  
 amor santo y casto, oh dulce y suave afe-  
 to, oh pureza y rectitud grande de inten-  
 cion! Por eso mas pura y acendrada, por-  
 que no ha quedado en ella mezela de cosa  
 propia; por eso mas suave y mas dulce,  
 porque todo lo que en ella se siente es di-  
 vino. Esto es deificarnos y transformarnos  
 en Dios (2),» y lo que dice San Juan, que  
 entonces seremos semejantes á Dios. Pone  
 el Santo tres comparaciones para declarar  
 cómo quedaremos entonces deificados y  
 transformados en Dios. Así como una gota  
 de agua echada en grande cantidad de vi-  
 no, pierde todas sus propiedades y calida-  
 des y toma el color y el sabor del vino; y  
 así como un hierro encendido y hecho as-  
 cua en la fragua no parece ya hierro, sino  
 fuego; y así como el aire, cuando recibe la  
 claridad del sol, se trasforma de tal manera  
 en claridad que parece que él es la misma  
 claridad; así, dice, nosotros en la bienaven-  
 turanza perderemos del todo nuestros resabios  
 y quedaremos todos deificados y tras-  
 formados en Dios; todo será allí Dios y por  
 Dios lo que amaremos. «Porque de otra  
 manera, ¿cómo se cumplirá lo que dice el  
 Apóstol San Pablo que entonces será Dios  
 todas las cosas en todos, si quedase allí al-  
 go propio nuestro (3)?» No habrá allí nada

(1) Intra in gaudium Domini tui. *Matth.* XXV, 21.

(2) O amor sanctus, et castus, o dulcis et suavis  
 affectio, o pura et defaecata intentio voluntatis! Eo  
 certe defaecatior, et purior, quo in ea de proprio  
 nihil jam admixtum relinquitur; eo suavior, et dul-  
 cior, quo totum divinum est, quod sentitur. Sic affici,  
 deificari est. *Bernard. de dilig. Deo.* cap. 7.

(3) Alioquin, quomodo erit Deus omnia in omnibus  
 (I ad Cor. XV, 28), si in homine de homine quidquam  
 supererit? *Bernard. ib.*

nuestro, porque mi gloria y mi contento  
 será el contento y gloria de Dios, no la mia.  
 «Tú serás, Señor, mi gloria y exaltarás mi  
 cabeza (1).» No pararemos ni descansaremos  
 en nuestro bien, sino todo nuestro descanso  
 y gozo será en Dios. Pero aunque no po-  
 damos acá llegar á tanto, habemos de pro-  
 curar poner los ojos en eso, porque cuan-  
 to mas nos adelantáremos y acercáremos á  
 eso, tanto mayor será nuestra perfeccion y  
 union con Dios. Y así concluye el Santo;

«Esta es, Padre Eterno, la voluntad de vues-  
 tro Hijo; esto fué lo que os pidió en su ora-  
 cion al partir de esta vida, que así como él  
 es uno con vos, así nosotros seamos uno  
 con él y con vos, con union de perfecto  
 amor. Esta la paz, este el gozo del Señor,  
 este el gozo del Espíritu Santo, este el si-  
 encio del cielo: que os amen á vos por vos,  
 y á sí no se amen sino en vos. Este es el  
 fin y la última perfeccion á que podemos  
 llegar (1).»

**TRATADO CUARTO.**

**De la union y caridad fraterna.**

**CAPITULO I.**

Del valor y excelencia de la caridad y union fraterna.

«Advertid, dice el Profeta David (2),  
 cuán bueno y cuán agradable es morar los  
 hermanos en uno,» cuán bien parece la  
 union y conformidad entre los hermanos.  
 El glorioso San Gerónimo dice (3) que este  
 Salmo propiamente conviene á los reli-  
 giosos que están congregados en la Reli-  
 gion: «Verdaderamente es bueno y cosa de  
 grande alegría y contento, que por un her-  
 mano que dejamos allá en el mundo, halla-  
 mos acá en la Religion muchos hermanos

que nos aman y quieren mas que nuestros  
 hermanos carnales. «Vuestro hermano car-  
 nal, dice el Santo (2), no os ama tanto á  
 vos cuanto á vuestra hacienda.» Eso es lo  
 que pretenden los parientes. Todo es inte-  
 res, para eso nos buscan, para eso nos in-  
 quietan, y en no habiendo esto de por me-  
 dio, no se les dá nada de nosotros. No es  
 amor verdadero, sino interes propio. Em-  
 pero «nuestros hermanos espirituales, que  
 han dejado y menospreciado todas sus co-

(1) Haec est in nobis voluntas Filii tui, haec pro  
 nobis oratio ejus ad te Deum Patrem suum: volo, ut  
 sicut ego, et tu unum sumus, ita et ipsi in nobis  
 unum sint (*Joann.* XVII, 21). Ut scilicet, amen te  
 propter te, et se non nisi in te.—Hic est finis, haec  
 est consummatio, haec est perfectio, haec est pax,  
 hoc est gaudium Domini, hoc est gaudium in Spiritu  
 Sancto, hoc est silentium in coelo. *Bernard. lib. de*  
*Amore Dei, cap. 4.*

(2) Frater meus saecularis non tantum me amat,  
 quantum substantiam meam. *ib.*

(1) Tu es gloria mea, et exaltans caput meum  
*Ps.* III, 4.

(2) Ecce quam bonum, et quam jucundum habi-  
 tare fratres in unum. *Ps.* CXXXII, 1.

(3) Vere bonum, vere jucundum, unum fratrem  
 dimissimus, et ecce quantos invenimus. *Hier. super*  
*hunc Ps.*

B. del C., tomo XIV.—I.—EJERCICIO DE PERFECCION Y VIRTUDES CRISTIANAS.—T. I.